

EMIL LUDWIG

HINDENBURG



EDITORIAL JUVENTUD

OBRAS DE EMIL LUDWIG

ADALIDES DE EUROPA

SCHLIEMANN

GOETHE

NAPOLEÓN

TRES TITANES

(Miguel Ángel, Beethoven, Rembrandt)

LINCOLN

BISMARCK

EL KAISER GUILLERMO II

REGALOS DE LA VIDA

GENIO Y CARÁCTER

MIGUEL ÁNGEL

REMBRANDT

BEETHOVEN

VERSALLES Y LA CAÍDA DE BISMARCK

CONVERSACIONES CON MUSSOLINI

JULIO 1914 (El mes trágico)

EMIL LUDWIG

HINDENBURG

Y

LA LEYENDA DE LA REPÚBLICA ALEMANA

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN POR

MANUEL RAMÍREZ VALLADARES

«Ya puede el hombre dirigirse a donde
quiera y emprender lo que sea; siempre
volverá al camino que, desde el principio,
le ha señalado la Naturaleza».

GOETHE

EDITORIAL JUVENTUD S. A.

PROVENZA, 101 - BARCELONA

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Primera edición, abril 1936

"TE CONSULE HOC DECUS AEVI INIBIT"

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Imprenta Clarasó, Villarroel, 17. — Barcelona

INDICE

<u>Caps.</u>	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	9
I.— La primera bandera	11
II.— La bandera de guerra	65
III.— La segunda bandera	209
IV.— Entre las banderas	279
V.— La tercera bandera	345

PRÓLOGO

EN el momento en que el clásico pueblo militar, con sus bélicos preparativos, obliga de nuevo a Europa a ponerse en pie de guerra, parece una labor instructiva la de describir al soldado alemán más famoso de la última época. En este ejemplo puede apreciar el mundo los errores y conflictos a que el deseo alemán de mando militar empuja a un hábil soldado, echando sobre sus hombros las más importantes decisiones políticas, tanto en la guerra como en la paz. Quizá comprenda el lector de fuera de Alemania cuán poco ha cambiado este pueblo bajo su nueva forma de Gobierno; únicamente, que el espíritu de ataque se ha hecho más violento en comparación con los años 1912 ó 1913, a los que corresponde nuestra época. El que escribe la historia de Hindenburg — a quien le sucedieron más cosas de las que él hizo, — trazará, por eso, en este símbolo un croquis del carácter alemán y, precisamente en el mismo, demostrará por qué la República, conforme a la voluntad del pueblo, se hundió tan rápidamente.

Para ello, a las tres narraciones que, entre otros trabajos de mayor alcance, he dedicado a nuestro tiempo durante la última década — a "Guillermo II", a "Julio de 1914" y a la comedia "Versalles", — añado la biografía de Hindenburg que, además, ayudará a dar a conocer la psicología de los alemanes. Aquí se pondrá de manifiesto cómo un oficial, no por ambición, sino por tradición, fué impelido más allá de sus límites y, a una edad avanzada, volvió a apoyarse, como la cosa más natural, sobre bases que, al parecer, había abandonado poco tiempo antes; y, finalmente, cómo un hidalgo, siendo Mariscal de Campo y Presidente, fué llevado a la Dictadura, primero, por los que le rodeaban y, más tarde, por sus instintos señoriales, abandonando, por último, el poder de manera trágica y siendo ya muy viejo, a un

grupo de exaltados, para morir, al fin, en la mayor amargura. Ya era de edad bíblica cuando, de las sombras del montón, salió a la luz y, por esto, hay que hacer resaltar la tardía evolución que hubo de producirse en un carácter de indiscutible estabilidad, obligado por el papel que se le hacía representar.

Como segundo tema hallará aquí el lector un bosquejo pragmático de la República alemana, pero, en cambio, nada que se parezca a un diseño del "Tercer Imperio". En aquélla intervino notablemente la figura principal, mientras que, en éste, ya no ha significado nada; además de que mis facultades para trazarlo tampoco satisfacerían las pretensiones de sus dirigidos.

Es un caso biográfico único: Se trata de un hombre, cuya historia no comienza hasta que cumplió 67 años y que, de tal modo retrasó el edificio armónico que siempre he tratado de hallar en todas mis biografías, que medio siglo de su historia ocupa menos sitio que cuatro años de la misma. La falta casi absoluta de documentos privados, dificultaba la narración y, además, del tiempo de la Presidencia falta la mayor parte de los escritos oficiales. Sobre este punto ha habido que limitarse a observaciones personales y a informes que me han sido facilitados, tanto por parte de sus colaboradores como de sus contrarios, sin que me sea permitido declarar sus nombres. Y también me he servido de las excelentes obras de Rosenberg y de Konrad Heiden. Pero cuando, un día, se abran todas las fuentes, ya no habrá nadie que lea un libro sobre Hindenburg.

Entonces no se hará sino contar la conseja del viejo gigante alemán que, una vez, después de algunas aventuras, estableció su puesto de guardia en un dique de contención, hasta que, finalmente, en un momento de confusión, abrió la férrea compuerta, por la que dejó irrumpir en el país un arrollador torrente que destruyó cuanto le era querido, en el que acabó por ahogarse él mismo.

Moscú, diciembre 1934.

CAPÍTULO PRIMERO

LA PRIMERA BANDERA

"Los alemanes son una buena raza. Todos dicen: 'Sólo quiero lo que sea justo; pero, por justo debe entenderse, en primer término, lo que yo y mis compadres ensalcemos.'"

GOETHE

I

LA Prusia oriental no es, ni mucho menos, un país apacible y, para amar a sus habitantes y sus paisajes, es preciso haber nacido en aquel medio ambiente. Extensas llanuras limitan con dunas y colinas, matorrales y médanos cerca del mar, pero de un mar, el Báltico, que está casi encerrado. Aunque también hay hermosos bosques de hayas, las fincas, sin embargo, están enclavadas en campo llano y ni aun los castillos se yerguen sobre colinas, sino que no son más que casas grandes y macizas, construídas por hombres que no han de temer a nadie en aquellos contornos.

Si la casa solariega del Hidalgo no se elevaba altiva, no era por modestia del Señor, sino porque sabía que de este modo aseguraba una tranquilidad absoluta a su propiedad. Para buscar adornos o belleza le faltaba cultura, sabiduría y mundo, no creyendo que pudiera haber nada mejor que colocar a la puerta de su casa, por gracia especial del Rey, dos cañones en memoria de alguna batalla. Verdad es que, aún hoy, pocas cosas más en esta provincia hablan de guerras que, sólo de tarde en tarde, flagelaban el país y que el hecho de que todos aquellos Señores fueran oficiales, podía únicamente deducirse del arte y la pasión con que, todos ellos, ejercitaban la equitación.

En general, aquellas grandes extensiones cultivadas se parecen

a las zonas de bosque y a los campos de cereales polacos y rusos colindantes, a los que pertenecieron en otro tiempo. Los caminos y las casas son mejores pero, por lo demás, todo está como antes; poca innovación en la agricultura, Señor y pueblo escalonados uno sobre otro como Caballero y menestral, lo mismo que en el estilo barroco y, entre ambos, los vanos esfuerzos del labrador para mejorar su situación y los sueños del hidalgo, convertidos en realidad, de hacer con poco dinero, poco trabajo y muchas hipotecas, la vida de gran Señor, como sus antepasados.

Los Hindenburg, que antes se llamaban simplemente Benckendorff y, durante cinco siglos, habían venido viviendo con este nombre en algunos distritos de la provincia prusiana de Brandemburgo y, más tarde, en otros de las Prusias oriental y occidental, en sus propias fincas, residieron también allí, con el carácter de hidalgos de la parte oriental del Elba, junto a parientes y familias de su clase, algunas veces más pobres que un labrador de Westfalia, medianamente acomodados, pero siempre a la manera de los Señores. Cuando, allá por el año 1855, iba el muchacho a pasar las vacaciones con sus abuelos a su heredad de Neudeck y, por las mañanas, salía de la sencilla casa-cortijo, había dejado su desván, situado en el alto frontis, pero llevaba dentro un abundante almuerzo campesino. Las gallinas y los patos campaban a sus anchas alrededor de la casa y las lilas florecían por todas partes, bellas pero en completo desorden, pues no había jardinero que las cuidase y la abuela tenía bastante que hacer en la casa, la cuadra y la cocina. Una criada cualquiera le arreglaba, de vez en cuando, el cuarto y el viejo palafrenero del abuelo le limpiaba el caballo, pero tenía que ensillarlo él mismo, lo que hacía con gusto porque era dentro de la cuadra.

Al sacar el caballo por la vieja puerta de la cuadra — la misma por la que sus antepasados sacaron los suyos, — y montar en él, se convierte, de pronto, aquel niño de 10 años en "el Señorito" y el criado que, gorra en mano, le abre la verja del jardín, le saluda diciéndole: "Buenos días, Señor Barón", a cuyo saludo, llevándose ligeramente la fusta a la gorra, le contesta con su voz infantil: "Buenos días, Gustavo". El chico tutea al criado, pero éste ya le trata de usted o lo hará así al cabo de dos años, mien-

tras que todos sus Señores, el viejo, el mediano y el joven tutearán a Gustavo toda la vida. Dirige el muchacho su paseo hacia el río y, si por casualidad se cruza con el rebaño de ovejas que se desliza con suave murmullo por la polvorienta carretera, le saluda el pastor; llega a la aldea y le saludan hombres y mujeres, pues todos ellos son, por herencia, vasallos e hijos de vasallos. Y, más allá, tras la frontera rusa, los mismos campesinos de siempre.

¿Qué cambio fundamental se había operado desde 1807, cuando los campesinos de Prusia consiguieron ser libres? Cuando el romántico hermano menor de Hindenburg trata de describir las costumbres de aquella casa solariega, habla de la "vieja e incansable campana que, invariablemente y durante un siglo o más, ha llamado mañana y tarde al trabajo". Precisamente, en el momento en que Hindenburg, niño entonces de 10 años, salía a caballo de la Hacienda, oíase la campana llamando a hombres, mujeres y niños al trabajo y, ya de edad madura, la sigue oyendo su hermano sin poder llegar a pensar que jamás deje de sonar llamando a su gente al trabajo, mientras que él sigue siendo el Señor que, aunque en el transcurso del día se ocupe a veces de algo, aunque instruya a una veintena de reclutas o mande un par de cientos de soldados, está casi ocioso.

Cuando, por el año 1860, los campesinos recibían del Hidalgo el pago de su trabajo, no era sino una miserable limosna, dada casi de tan buena gana como antes la dieron los antepasados, porque el poder del Señor era entonces y es, aún hoy, lo bastante grande para hacer imposible, en su comarca, la permanencia de cualquier labrador levantisco. El Hidalgo es la primera figura del país, tiene jurisdicción propia sobre los aldeanos y si el Fisco le agobia con impuestos, tiene también medios suficientes para agobiar al Fisco. El Hidalgo nombra Párrocos y Maestros, fija los jornales como le place, gobierna el distrito por medio del Consejo de Parientes y la Provincia por medio del Presidente, siempre un pariente. Y es que le protege en Berlín el hombre más poderoso de Prusia, el Rey. ¿Por qué le protege el Rey en Berlín? Porque el Hidalgo protege al Rey ante su pueblo.

El Rey es la fuente de la vida y se le debe ser fiel porque, mientras así sea, tendrá al Hidalgo bajo su mano protectora. Los

antepasados, al salir de la Academia militar como Oficiales de Caballería o Infantería, le juraban fidelidad y el Rey les investía del más alto poder del Estado y si, alguna vez, había desavenencias, siempre acababan por ponerse de acuerdo. En conclusión, siempre era lo mismo: un convenio tácito, pero jurado, en virtud del cual, el Rey y el Hidalgo se protegen y honran mutuamente, para que ciudadanos y burgueses no se alboroten y, en cambio, olviden las ideas extranjeras que esos locos franceses habían lanzado al mundo. Por eso, se cantaba contra los Hidalgos: "¡Y el Rey, absoluto, si hace nuestra voluntad!"

El abuelo pasaba de los ochenta, cuando el niño, que sólo contaba siete años, solía sentarse en el escabel para escucharle. Era de aspecto mucho más agradable y bondadoso que el padre de Hindenburg y, cuando contaba algo de Napoleón, el chico se volvía todo oídos. Después de comer acostumbraba el viejo a sentarse en uno de los dos amplios sofás de la sala y, mientras fumaba su pipa, contemplaba los retratos de sus antepasados que adornaban las paredes, costumbre inveterada en él desde que entró en posesión de Neudeck, es decir, desde más de cincuenta años antes. Que no fué un soldado célebre lo demuestra el haber dejado muy pronto el servicio, para hacerse agricultor, y que, ni en momentos de peligro, volviera este caballero a tomar las armas, ni aun en sus mejores años y, mientras su Rey huía y el enemigo estaba en el país, permanecía el viejo Hindenburg en su finca. A propósito de ello, refería el anciano a su nieto, que había ido al castillo de Finkenstein a buscar al gran Napoleón, para pedirle que dispensara a su distrito del envío de provisiones, a lo que el malvado francés le contestó, agriamente, que tenía que alimentar a sus tropas. En aquella época también venían los señores franceses aquí, a Neudeck, y el desván de lo alto del frontis es testigo de que, desde sus ventanas, se ha hecho fuego.

Si los nietos le preguntaban algo acerca de los descoloridos retratos que pendían de las paredes, sin moverse del sofá, y quizá tomando de paso un polvo de rapé, les contaba el abuelo, que los Beneckendorff, en el transcurso de los siglos, habían perdido 23 hijos en las batallas de Brandemburgo y de Prusia; que un antepasado había sido Canciller de un Príncipe y que otro fué

oficial a las órdenes de Federico el Grande. Pero, siguiendo la línea de los padres de éstos, se llegaba hasta el primitivo Castillo Feudal en Quedlimburgo que, en tiempos de la Reforma, fué asaltado e incendiado por los aldeanos amotinados. ¡Aquellos eran tiempos bárbaros, que hoy no es posible que vuelvan! ¿Que de donde viene nuestro nombre? En tiempos antiguos, "Ben" quería decir "Horca", y "Ecke", "Encina", lo que explica la encina o árbol de la Justicia que campea en el Escudo, por lo cual podían darse cuenta los niños de que, desde los más remotos tiempos, les correspondía el derecho y el poder.

¿Era, luego, la significación del apellido Hindenburg lo que querían saber? Entonces les decía: Fijaos en ese animal que aparece en el Escudo, ante el árbol que hay sobre la puerta y que, de nuevo, representa el árbol de la Justicia. Pues es una cierva que, en aquel antiguo idioma se decía "Hindin", pero igualmente "Hund", que también significa "Ciento", de donde se deriva la palabra "Hundertschaft" o sea "Centunvirato". De modo que la significación completa es Presidente de un Centunvirato y Jefe de la Justicia, es decir, que en este apellido se repite la idea de amos y de dominadores. Pero el anciano, señalando con su bastón a otro retrato, sigue diciendo que no se llamaron Hindenburg hasta sesenta años antes, cuando el último coronel von Hindenburg, que murió soltero y a quien pertenecían, aquí Neudeck y allá enfrente Limbsee — en efecto, por aquella época, pertenecían a la familia, pero ahora le tienen echada la zarpa los Dallwitz, — legó ambas posesiones a sus parientes, los von Beneckendorff, con la condición de que el nombre y el Escudo de la familia Hindenburg, que se extinguía, lo llevarán, en lo sucesivo, junto al suyo, lo que, en 1789, fué bondadosamente autorizado por el Rey. ¿Que de donde le vinieron esos bienes al último Hindenburg? ¡De la munificencia del Rey, naturalmente! ¡Ah, y como puede comprenderse, en premio a su heroísmo! Porque, cabalgando al lado de Federico el Grande durante una batalla, le alcanzó una bala de cañón que le destrozó una pierna. Esto sucedió en la guerra de los siete años y, por la pierna rota así como por la bala que iba destinada a su Señor, le regaló ambas posesiones el magnánimo Rey.

Después pide el abuelo a los niños que le lleven cierta cajita, la llave de la misma y las gafas y, después de haberla abierto con toda clase de ceremonias, sacó de ella un pliego arrugado y quebradizo, que se puso a leerles, mientras que aquel de los nietos, que ya sabía leer, iba siguiendo la lectura por encima de sus hombros. Era el último escrito de aquel antepasado al que debían nombre y hacienda. Decía así:

"Soy demasiado indigno de todas las bondades y lealtad que Tú, ¡oh Señor!, has tenido con tu siervo. ¡No poseía más que un cayado cuando pasé el Vístula y ahora me veo dueño de dos heredades! ¿Quién soy yo, Señor, ¡oh Señor!, y qué es mi casa, esta casa a donde Tú me has traído? Yo sé que mi Redentor vive y que, después de este valle de lágrimas, me resucitará, que mi piel volverá a cubrirme y que, con mi cuerpo, que recobraré su propia carne, veré a Dios."

Diferente en un todo y cosas de otro orden es lo que cuenta la abuela. Por entonces, cuando el chico pasaba todas las vacaciones en Neudeck, acababa de cumplir los setenta y aún sobrevivió muchos años a su marido. Los Hindenburg y los Beneckendorff eran una raza sana, sin escrúpulos ni nerviosismos, pero con mucho aire campesino y poca actividad espiritual, por lo que todos ellos han llegado a los 70, 80 y 85 años. Esta abuela, una Bredlow de nacimiento, es la única cabeza interesante entre todos los retratos de la familia. Aparece como una mujer hermosa, altiva y fuerte, de cabellos negros, tocada con una especie de cofia monjil, apoyando una mano sobre la Biblia y mirando serena y resueltamente a quienes la contemplan, cual si su misión en esta tierra fuera la de constante vigilancia. Semejante a su nieto, el Mariscal, parece que aquella arrogante figura está tallada en madera y, aunque tuvo catorce hijos, aún se mantenía derecha como un cirio.

Le enseña al nieto la vieja casita donde entró de recién casada, cuando sólo contaba 17 años de edad y donde habitó hasta que, más tarde, edificaron la casona. Allí aprendió a descuartizar terneras y cerdos, cogía ella misma el lino de sus plantaciones, esquilaba a sus ovejas y hasta ayudaba a hilar y tejer los trajes para sus hijos. La mesita en que ahora cose no tiene barniz y eso se lo

explica al nieto diciéndole, que es porque, sobre la misma, preparaba, con un cuchillo caliente, ungüentos y tafetanes para los heridos en tiempo de los franceses. Uno de éstos, que ella misma había cuidado, le guardó, durante largo tiempo, un profundo agradecimiento. Pero otro, un oficial, se atrevió a sacar, de su cesta de labores, la cajita del rapé y, ante sus ojos, tomó un polvo. Entonces era ella muy joven, pero no dice que también era muy guapa; lo único que cuenta es que llamó al criado y le ordenó que vaciara la cajita. Así eran de soberbios y atrevidos los franceses en aquella época.

Cuando, acompañada por los nietos, va a la Capilla para ver si, entre los muertos, estaba también todo en orden, les muestra la tumba de la hermana de aquel último Hindenburg, que les había legado las fincas. La misma había dispuesto detalladamente todo lo relativo a su entierro, indicando el sitio hasta donde debían acompañarlo el maestro y los niños y, en recompensa, dejó una pensión vitalicia de 500 escudos, de los cuales debería percibir el maestro de escuela 5 cada año, como premio a las buenas lecciones de Religión que diere. En cambio, se contaban, entre sí, los niños de la aldea, que la vieja Bárbara andaba por la finca, de un lado para otro, a caballo sobre un macho cabrío y calzada con espuelas de oro. Por lo que respecta a la pensión, tampoco funcionaba en la forma que la piadosa doncella lo había pensado, porque las autoridades, contando con aquellos cinco escudos, querían reservarse la facultad de fijar, por sí mismas, la cantidad a pagar y, así, en uno de los contratos insertaron la siguiente cláusula: "Si el maestro Schiller se porta como corresponde a un buen educador, recibirá a fin del año una generosa gratificación." Pero esto le pareció aún demasiado al abuelo de Hindenburg y, de su puño y letra, lo modificó en la forma siguiente: "una gratificación generosa que se fijará en su día".

Esta historia, que el hermano de Hindenburg nos ha transmitido en un precioso librito, no se la habrá contado la abuela a los niños. Pero, precisamente, todo lo que los abuelos y los padres dejan de contar a sus hijos, como también lo que los biógrafos del Mariscal se callan hoy, es interesante, pues hace alguna luz en las nebulosas relaciones entre el Hidalgo y el Rey, sobre

las cuales descansaba, por entonces, en Prusia el poder y la vida de ambos.

No quiere esto decir que los Hindenburg fueran más egoístas que los demás de su clase, pues todo cuanto a su familia se refiere encuentra su paralelo en otras. Desde los tiempos de Federico el Grande, hay tres hechos, con los que están señalados en los tratados de Historia de Prusia. El primero aparece en la batalla de Kolin en 1757, en la que Federico fué totalmente vencido. Pues bien, el General de Caballería que derrotó al Rey, que aquella familia prusiana había divinizado, era un Conde de Beneckendorff nacido en Ansbach bajo el reinado de los Hohenzollern pero que, a pesar de ello, se afilió al servicio de Sajonia y que, como hecho culminante de su vida, ofrece esa carga de caballería, que decidió la batalla en contra de los Hohenzollern.

Otro, nacido en Reval en 1783, prestó servicios en Rusia, fué Conde y General y creó la célebre policía zarista, precursora de la Checa. Porque aquellas familias estaban acostumbradas a servir, a jurar fidelidad y a combatir allí donde se les ofrecía nombre y puestos, exactamente igual que hacían los Señores y Estados extranjeros con el Rey de Prusia que también procedía de aquella estirpe. Así, además del sajón y el ruso, de quienes acabamos de hablar, hubo otro que, hacia el año 1650, fué Gentilhombre de Cámara o estaroste, como se llamaban entonces, en las cortes polaca y sueca. También éste era un Beneckendorff y llevaba tres nombres, que hoy serían un grave peligro, a saber: Israel, Köhn von Jaski.

El tercero y más célebre caso es el de un primo del abuelo, el Comandante von Beneckendorff, que tenía que defender, contra los franceses, la plaza fuerte de Spandau, cerca de Berlín. El día 23 de octubre de 1806 lo prometió en la forma usual de entonces, esto es: "conservar la ciudadela por todos los medios y no entregar al enemigo sino los escombros... Al día siguiente, reunió un consejo de guerra en el que, con excepción del Capitán de Ingenieros Meinert, todos los presentes votaron por la entrega..., en términos verdaderamente tristes. El Comandante von Beneckendorff fué condenado a muerte en 1808; pero, por gracia especial

del Rey, se le conmutó la pena por la de prisión perpetua en un castillo" (1).

Un episodio de tal naturaleza es indudable que había de llevar al más alto grado de tensión a un joven de aquella misma familia y de la misma profesión. Es, pues, seguro que la traición de aquel Beneckendorff que, más tarde, leyó el Mariscal, le sirvió de acicate para reivindicar el nombre guerrero de su familia que, desde los lejanos tiempos del oficial que perdió la pierna, no volvió a contar más héroes entre sus miembros.

Aún hay otro episodio en la familia, que se remonta a tiempos mucho más remotos. En 1330, un Beneckendorff, Caballero de una noble Orden alemana, al volver de unas vacaciones se trajo caballos propios para su uso personal. Esto fué censurado por el Maestre de la Orden, pues ningún Caballero podía tener nada de su propiedad y, por tanto, envió los caballos a las cuadras de la Orden. El Caballero Beneckendorff se enfureció tanto por ello, que atravesó, con su daga, al Maestre al salir de Misa — según otras referencias, en combate, — por lo cual le condenó el Papa Juan a prisión perpetua. El primero en contar esta historia al pueblo alemán, fué el hermano del Mariscal y, puesto que la divulgó sin hacer de la misma crítica alguna, parece que esta venganza de un Caballero, no parecía mal a un descendiente suyo 600 años más tarde. Y cuando, durante la guerra, le pregunta al Mariscal su pintor, por qué mató su antecesor al Maestre de la Orden, le contesta así: "Seguramente se enfadaría con él."

II

Lo que un Hidalgo piensa y siente sobre Derecho y fuerza, Rey, libertad y servicio, es de un orden muy especial y, sin darse perfecta cuenta de esto, es imposible comprender el carácter de Hindenburg, que es típico en un todo y casi nada individual. En la psicología peculiar del Hidalgo-oficial prusiano, es Hindenburg,

(1) O. v. Letow-Vorbeck, *La guerra de 1806/7*, tomo II. Berlín, 1892, pág. 219 y sig.